



Discurso del Excelentísimo Señor

Doctor Leonel Fernández,
Presidente de la República Dominicana

ante la Conferencia de Naciones Unidas para el
Desarrollo Sostenible, Rio + 20

Rio de Janeiro, Brasil,
21 de junio de 2012.

Señora Presidenta de la Conferencia;

Señores Jefes de Estado y de Gobierno;

Señores Jefes de Delegaciones;

Señoras y Señores:

Nos permitimos, en primer término, externar nuestra sincera gratitud por la hospitalidad con la que el pueblo y el Gobierno brasileño nos ha acogido en esta bella e idílica ciudad de Río de Janeiro, conocida, de manera justa, por el sobrenombre de *Cidade Maravilhosa*.

Hace 40 años, en la Conferencia de Estocolmo, la conciencia y la sensibilidad de la humanidad fue conmovida con la revelación de los peligros que acechaban al planeta. Hace 20 años, cuando se aprobó la Carta de la Tierra y los Acuerdos Multilaterales Ambientales, un sentimiento de esperanza se esparció por todos los continentes.

La Cumbre brindó a la humanidad la oportunidad de contar con instrumentos jurídicos internacionales para enfrentar el cambio climático y la pérdida progresiva de la biodiversidad, que son las mayores amenazas ecológicas que enfrenta la comunidad internacional en esta segunda década del siglo 21.

Además, la Cumbre constituyó una proclama universal sobre el derecho de todos los pueblos del mundo al desarrollo humano sostenible y una demostración de toma de conciencia universal en torno al futuro de nuestro planeta y de los medios que le sustentan.

Hace 10 años, en Johannesburgo, se hizo una evaluación de los logros alcanzados y de las metas aún pendientes, a los fines de elaborar una nueva carta de navegación que nos sirva de guía para la conquista de nuestro objetivo de hacer de nuestro hogar común, la Tierra, un lugar habitable y lleno de esperanza para futuras generaciones.

Hoy nos encontramos aquí con el propósito de reafirmar nuestro compromiso de diseñar un nuevo paradigma y construir un nuevo proyecto de civilización que integre a la universalidad de los sectores sociales y permita la generación de riquezas y disminución de la pobreza en un ambiente de armonía entre el ser humano y la naturaleza.

Los que durante varios días nos hemos congregado en este lugar tenemos la certeza de que todo cuanto aquí se ha reflexionado, debatido y expuesto, constituyen nuevos pasos de avance en la búsqueda de soluciones a los desafíos globales que hoy nos embargan.

No obstante, al igual que muchos, nos sentimos desilusionados o decepcionados porque durante las últimas dos décadas, a pesar de adelantos inocultables, no se ha progresado, con la celeridad que la situación calamitosa del mundo reclama; y el mismo compromiso final de este cónclave no parece estar a la altura de las urgentes necesidades que para su reparación exige la Madre Tierra.

Además de la crisis ecológica que afecta al planeta, en el primer semestre del 2008 el mundo se vio estremecido por una crisis financiera global, la más implacable de los últimos ochenta años, que ha derribado fuertes instituciones financieras y ha hecho tambalear a las economías más poderosas del mundo.

De manera simultánea a la ocurrencia de ese cataclismo financiero internacional, los pueblos se vieron afectados por un incremento desorbitado en los precios de la energía y los alimentos.

Eso, como recordamos, desató violentas protestas sociales en distintas regiones del mundo, provocando muertes, ansiedad e incertidumbre, y en algunos países, perturbaciones sociales e inestabilidad política.

Hoy hemos llegado a la comprensión de que tanto la crisis financiera y económica global, como la de los precios de la energía y los alimentos se deben a una misma causa: a la conversión del sistema económico internacional en un inmenso casino de carácter global.

La crisis en el sistema financiero mundial ha sido el factor fundamental en la utilización de recursos fiscales para rescatar bancos en quiebra; en la emisión monetaria sin respaldo en la producción de la economía; en la expansión de la deuda soberana; en la crisis de la Zona Euro; en la desaceleración del crecimiento económico global; en la disminución del comercio internacional; en la aplicación de políticas de austeridad; en el incremento del desempleo; en el surgimiento de estallidos sociales; y en las manifestaciones de protestas del movimiento de indignados que tienen lugar en distintas partes del mundo.

Apoyándose en esta situación, algunos países desarrollados procuran justificar su incumplimiento en el compromiso de conceder un 0.7% del PIB al desarrollo social de las economías más vulnerables; y su falta de otorgamiento de recursos para proteger al planeta de la crisis ecológica que pone en peligro hasta la propia supervivencia del género humano.

Para evitar la repetición de crisis como la que hemos experimentado en el sistema bancario internacional, se han sugerido diversas reformas y regulaciones de los mercados internacionales de capitales.

Sin embargo, ha habido grandes resistencias a esas propuestas de reformas, y por esa razón, no debe extrañar que recientemente dos importantes instituciones financieras se hayan visto afectadas por la continuación de prácticas que ponen nuevamente en riesgo la seguridad de los bancos y la estabilidad del sistema financiero internacional.

Al indagarse las razones de estas últimas pérdidas multimillonarias por parte de estos intermediarios financieros, se ha argumentado que esto se ha debido, esencialmente, al uso de “carteras sintéticas de créditos derivados”, para mejor gerenciar el riesgo de las transacciones bancarias.

Pero, ¿qué significa exactamente eso de “carteras sintéticas de créditos derivados”?

A decir verdad, nadie lo sabe. Se trata de la utilización de una terminología confusa, incomprensible, construida con la deliberada intención de ocultar el hecho de que cada día, en la actualidad, se realizan transacciones financieras, al click del mouse de una computadora, por más de 4 trillones de dólares, sin estar sujetas a ningún tipo de regulación.

Muchas de esas transacciones se llevan a cabo mediante el sistema de intercambio de alta frecuencia, el cual se realiza a una velocidad tan impresionante e inimaginable, que se calcula en nanosegundos o milisegundos.

Con esa manera tan aventurera e irresponsable de operar el sistema financiero internacional, ¿habrá forma de superar la actual crisis en un tiempo razonable e impedir que vuelva a reproducirse en el futuro?

Ese es el objeto de los grandes debates en los centros del poder económico mundial, que en estos momentos se ve reducido, al dilema de que para superar la actual crisis económica y generar empleos y estabilidad social, lo que se precisa es de aplicar, o bien políticas de austeridad, o de estímulo al crecimiento.

Nada más absurdo, que por supuesto lo que revela es una crisis de liderazgo a nivel global, la cual está matizada por los grandes intereses del sector financiero internacional.

No nos equivoquemos, en los inicios del Siglo XXI, nuestro planeta y la humanidad experimentan una de las peores crisis económica, social, energética, alimentaria y medioambiental jamás vista, lo que ha llevado a algunos a sostener que estamos inmersos en una crisis de civilización.

Ese inmenso desafío lo podemos convertir en una gran oportunidad; y todavía albergamos la esperanza de que esta cumbre pueda convertirse en el punto de inflexión que permita la elaboración del nuevo paradigma que ha de servir para encauzar por senderos de éxito la lucha de la humanidad contra la pobreza, la inequidad, la falta de justicia social y la degradación ecológica.

A pesar de las limitaciones y de las dificultades a que hemos hecho referencia, la República Dominicana puede exhibir indicadores económicos, sociales y ambientales, como fruto de las lecciones aprendidas y las políticas establecidas desde la Cumbre de la Tierra de 1992.

Hemos creado el Plan Quisqueya Verde, que desde 1997 ha logrado plantar 108 millones de árboles, ampliando nuestra cobertura boscosa de 27.5% a 39.7%.

Hemos modificado nuestra matriz energética considerablemente, incorporando nuevas fuentes renovables, hídrica, eólica y solar; y bajo el Mecanismo de Desarrollo Limpio, contamos con un portafolio de 64 proyectos, lo que nos permite reducir alrededor de 1 millón 400 mil toneladas de CO₂.

Señor Presidente:

Nuestro planeta cuenta con 7 mil millones de seres humanos.

En los próximos cincuenta años, 3 mil millones de personas más habitarán el globo terráqueo y se sumarán a la demanda por los escasos recursos naturales, bienes y servicios que disponemos.

En un período semejante, de 1950 al 2000, nuestra civilización incrementó en casi cuatro veces las emisiones anuales de dióxido de carbono (CO₂) y se perdió la mayor cantidad de especies de animales y plantas conocida por la ciencia.

Si no actuamos con prontitud y eficiencia para atender los problemas urgentes del desarrollo actual, fortalecer la protección del medio ambiente y la cohesión social, ¿qué sucederá en las próximas décadas cuando la humanidad alcance los 9 mil millones de habitantes?

¿Podrán los países en desarrollo aumentar su producción y satisfacer sus necesidades básicas, cuando eso implica obligatoriamente un mayor uso de energía y de recursos naturales?

¿Por cuánto tiempo más podremos continuar sin un sistema mundial eficaz para alcanzar con plenitud el desarrollo humano sostenible?

¿Implica la falta de ese sistema que los países en vías de desarrollo estarán condenados a vivir permanentemente en la pobreza?

Con estas reflexiones, la República Dominicana acude a esta nueva cita, con la clara conciencia de que sólo hay una manera de salir airoso en la búsqueda de una solución a los desafíos del desarrollo.

Esa solución es la de que los países industrializados afronten con mayor decisión un modo efectivo de salvaguardar en el ámbito nacional, regional y global, la integridad de nuestras sociedades y sus recursos, sobre la base del principio de responsabilidad común pero diferenciada.

Además, que los nuevos mecanismos de ayuda al desarrollo estén orientados a estimular, incentivar y consolidar el desarrollo económico, la equidad social y la protección del ambiente, modificando los hábitos actuales de producción y consumo, fomentando políticas solidarias en la comunidad internacional.

En definitiva, el mundo necesita cambiar aceleradamente el modelo de desarrollo que desde la Revolución Industrial, hace más de 200 años, ha venido aplicando; y fomentar uno nuevo que ponga a los seres humanos en capacidad de producir riqueza; distribuirla equitativamente; generar un espíritu de justicia; un sentimiento de dignidad; y una cultura de respeto y valoración hacia quien le debemos nuestra propia existencia: nuestro Planeta Tierra.

¡Muchas gracias!